

La Reina y el Ropavejero

Aquel gran erudito silencioso, aquella sagaz hormiga pródiga que fué el señor don Emilio Cotarelo Mori, cuya pérdida reciente lloran las letras españolas, entre la multitud de obras que redimió de la vejez, madre del olvido, sacó a la luz el «Cancionero de Antón de Montoro: el Roperero de Córdoba», poeta del siglo xv castellano. Las sales amargas del bilbilitano Marco Valeriano Marcial, su salaz cinismo y su poética e innoble mendicidad remanecieron por espontánea afloración a la distancia de catorce siglos en el juglar andaluz, injertado sobre tronco judío, que en la villa de Montoro, regada por el Guadalquivir, rey de los ríos, sentado a la puerta de su mísera tienda de sastre remendón o de aljabibe, como entonces se decía, zurcía calzas de cordellate grosero y enhebraba perlas de poesía en hilo de oro.

El alfayate o ropero cordobés pertenece a aquella constelación de hombres consagrados a oficios manuales que saben menear el plectro y manejar la herramienta, que en su frente goteada de sudor reciben el beso celeste; como su contemporáneo Mondragón, que era mozo de espuelas; como el escocés Roberto Burns, que fué carretero; como el olimpico Jasmín, que tenía abierto establecimiento de peluquería en la gascona villa de Agen, y los más grandes personajes de Francia que pasaban por allá, entraban en su tienda a deponer la tumultuosa greña romántica en manos del alumno del intonso Apolo, dios del arca de plata.

Antón de Montoro fué uno de los judíos que entraron en pila, como decía él mismo, es a saber, que expurgaron el viejo fermento judaico y sumieron el pan de la Eucaristía. Antón de Montoro jamás negó su origen ni se sonrojó de su éxodo. Sangre suya muy allegada no le acompañó en la transmigración:

Que tengo hijos y nietos
y padre pobre y muy viejo
y madre doña Jamila
y hija moza y hermana
que nunca entraron en pila.

Su cristianismo debió ser sincero. En días en que la pestilencia se había abatido sobre Córdoba, como sobre el reino de David tras el adulterio, encontró en su humanidad voz profunda como el salmo, acentos como los de David. A uno que le preguntó por qué no huía de la pestilencia, respondióle Antón de Montoro con esta deprecación que parece bíblica, arrancada de labios de Ester:

Eterna gloria que dura:
¿en cuáles montes y valles,
en cuál soberana altura,
en cuál secreta fondura
me porné do non me falles?
Por tu santa santidad,
no mirando mis zozobras,
si no te vencen mis obras,
vénzate la tu piedad.

No fué Antón de Montoro de aquellos que porque sostienen en sus manos la lira de marfil, desdeñan los ásperos contactos que ponen callos en los dedos. El no abandonó su tugurio de alfayate. Era callejera su musa y era picaresca y libre y no tenía a menos detenerse delante de su ruín portalillo, y trabar con él conversación salada y sabrosa; pero Antón jamás quiso vivir a costa suya. No admitió que fuese ella quien le mantuviese. Contento con su solo comercio, el procuraba comer del trabajo de sus manos y del manejo de los utensilios de su oficio:

Pues non cresce mi caudal
el trobar, nin da más puja,
adorámoste, dedal,
gracias fagámoste, aguja.

El hambre le acosaba a veces con sus fieros dientes caninos; pero más sentía Antón de Montoro el asedio implacable del odio religioso encarnizado sobre su pueblo.

En los días de Viernes y Sábado Santo del año 1473, por un fútil o especioso motivo, la hez del pueblo de Córdoba, acaudillado por un herrero, llamado Alonso Rodríguez, asaltó las casas de los más significados conversos, robándoles sus haciendas, quemándoles los edificios y asesinando a los que no pudieron salvarse con la oportuna fuga. La matanza y sacomano se prolongaron tres días. La cristiana y alegre blancura de la Pascua de Resurrección fué manchada de sangre. Antón de Montoro fué uno de los que escaparon de la feroz asonada y salvaron su cuello del degüello; pero empezó una vida de huído, como una alimaña. Y este poeta fugitivo, mendigo y astroso, consiguió elevar las quejas de todo su pueblo a los píos oídos de la reina Isabel, para que pusiera fin a la perpetua pascua de sangre:

Pues, Reina de gran valor,
que la santa fe alienta,
no quiere Nuestro Señor
con furor
la muerte del pecador,
mas que viva y se arrepienta.

Y con eficacísima y patética evocación que debió conmover sus entrañas de mujer, de madre y de cristiana, recuerda el poeta, judío converso, el costado abierto de Cristo, manantial de perdón para los que no sabían lo que hacían:

Pues, Reina de gran estado,
hija de angélica madre,
aquel Dios crucificado,
muy abierto su costado
e inclinado
dixo: Perdónalos, Padre
Pues, Reina de autoridad
esta muerte sin sosiego
cese ya por tu piedad.

Las manos de la mujer fuerte detuvieron las cuchillas. Más aún que su juventud, la vejez de Antón de Montoro fué canora como la del cisne. Solamente en su senilidad tiene disculpa esta idolátrica canción, que por su impiedad sacrílega mereció las más vivas condenaciones de

los hombres de su tiempo y debió escandalizar y horrorizar los timoratos oídos de doña Isabel:

Alta Reina soberana,
si fuérades antes vos
que la hija de Santa Ana,
de vos el Hijo de Dios
recibiera carne humana.

La cristiana reina perdonó al poeta decrepito esta impía demasía. Pero es bien seguro que antes, la reina, que era excelente catadora de buenos versos y que tenía su poeta áulico en el poeta moralizador y ascético Fray Ambrosio Montesino, gustó las sales andaluzas del alfayate de Montoro. Parece que otro poeta mendigo, rival de nuestro Antón, llamado Juan de Valladolid, cortejaba la larga mano de la reina de Castilla, a quien los poetas andantes y no andantes de su tiempo tenían el acceso fácil y hasta en su afable gravedad dejábase hacer lindos y respetuosos madrigales. La cámara real no estaba demasiado lejos del cuchitril del inspirado aljábibe. Sin duda para que Juan de Valladolid no se aprovechase demasiado de la generosidad de la reina, en perjuicio propio, que anda muy despierta siempre la suspicacia de los mendigos, quiso prevenirla en contra, insinuando que era ladrón:

Alta Reina de Castilla,
Pimpollo de noble vid,
esconder vuestra vajilla
de Juan de Valladolid...

Una sonrisa fina, al leer esto, debió animar sus labios voluntariosos.

LORENZO RIBER.

«El Debate» 26-2-1936.

